

Con la debida distancia. Acerca de LPGC De Alfonso Crujera

Franck González

Me preguntaba leyendo meses atrás a Pamuk, y aún ahora, si la ciudad en la que todavía vivo tendría algún color. Y, de tenerlo, cuál podría ser. El pausado conjunto de recuerdos en blanco y negro de *Estambul, ciudad y recuerdos*, quedaba, posiblemente, muy lejos de lo que podía esperarse de esta breve ciudad con dos orillas sobre el Atlántico. Pero al tiempo que escribía esto se me antojaba que, tal vez, aquellas lenguas de armenios, árabes, turcómanos y kurdos de la perdida herencia otomana de las que escribía Orham podrían encontrar aquí su reflejo en otras lenguas de otros imperios también ya desaparecidos. Y me llegaban al oído los susurros en árabe de los comerciantes sirios y palestinos que aquí vinieron en los años veinte, treinta y muy especialmente, con la creación del estado de Israel, en los cuarenta del pasado siglo. Y el melodioso hassanía que compartió DNI español en Villa Cisneros, en El Aaiún, en Sidi Ifni y que, aún en el exilio, sigue hablándose en nuestras calles. El hindi y el urdu de la joya del imperio británico, llegados también, masivamente, tras la dolorosa partición de 1947. Los caracteres cirílicos en carteles y anuncios de las calles junto al Mercado del Puerto, cuando el nombre -ya olvidado- de Sovhispán significaba algo. El sueco y el finlandés que correteaba por los *bungalows* de San Agustín cuando el viaje al sur de la isla atravesaba un polvoriento Vecindario, dejándolo atrás, varado en la posguerra. Y el alemán, tan presente a principios del xx en zonas acotadas de la playa de Las Canteras, en cuya orilla llegaron a auxiliarse a las víctimas de los submarinos del Kaiser en la Primera Guerra Mundial. El otro alemán, el de los refugiados de la barbarie nazi que aquí encontraron leve cobijo y a los que se sumarían, pocos años después, soldados desmovilizados de la Wehrmacht y de las SS al amparo de la protección del Régimen de Franco. Algunos de ellos llegarían a abrir algún que otro restaurante a donde solía acudir lo más selecto de la burguesía a degustar el codillo de cerdo, la *kartoffelnsalat* y el chucrut... Las Palmas de Gran Canaria, como la Viena del *Tercer Hombre* o la *Casablanca* de Humphrey Bogart e Ingrid Bergman, siempre fue un tablero de ajedrez en el que podían hacerse los encontrados los más dispares agentes. Como en el mortal juego de la vida librado entre el mayor alemán Heinrich Strasser y el capitán Renault de *Casablanca*. Un capitán de la gendarmería que bien podría tener ancestros isleños a tenor de su facilidad para recalar, según el momento, según la ocasión, ora en el colaboracionismo más servil, ora entre los héroes de la Resistencia...Facilidad escénica que ha devenido en auténtico gen patológico que ha lastrado nuestra historia política más reciente...Y el alemán, en fin, más reciente, de miles de trabajadores al que el capitalismo renano les brindaba el acceso al turismo de masas. Y el inglés, claro. El inglés de las *guineas* de oro con las que se pagaba la zafra del tomate en el sur y en el Canary Wharf. La lengua de los turistas del *Catalina Park* y del Londres libre de los años setenta, meca de los hijos de la burguesía isleña. La lengua de Harrods y de los Beatles, y de aquellos musicales prohibidos en España como *Tommy, Equus, Hair* o *Jesucristo Superstar*...Lenguas lentamente asentadas a

las que se sumaban ahora el mandarín, el wu y el cantonés en zapaterías y tiendas de ropa que ocupan los mismos solares que ocuparan años atrás los *indios*, cuando aún no existía el IGIC y hacíamos largas colas para pasar la frontera en Francia, en Inglaterra, en Alemania...Y el coreano, y el japonés, inscritos ya para la eternidad en sobrias y elegantes lápidas negras en el cementerio de San Lázaro. Y los otros acentos del español, que terribles Golpes de Estados y hambrunas trajeron a nuestra tierra; el deje argentino, de manos de artistas, psicólogos y dentistas tras el Golpe de Videla; los primeros cubanos que llegaron al inicio del *Periodo Especial*; los venezolanos que aquí se refugiaron tras la llegada de Chávez, devolviendo el viaje que en los años cincuenta miles de isleños hicieron en busca de una vida mejor. Cuando el Bolívar era bien recibido en nuestros bancos...

Si, es posible que Las Palmas, al llenarse de otras lenguas y hablas, comenzara a fraguar algún relato, como aquel de la ciudad que cruza el Bósforo que rememora Pamuk. Las Palmas, ciudad de los sueños perdidos, de aquellas lenguas que vinieron huyendo de un pulso marcado por la violencia, la muerte y la despedida sin retorno. Las Palmas como último destino.

Era entonces cuando comenzaban a llenarse las memorias de cada barrio, de cada calle, de aromas de curry, de sésamo y de hojas de parra. De *pabellones criollos*, baklavas y té negro. De pan negro alemán recién horneado, de ghee y de queques. De churros en La Naval y La Madrileña, también. Memorias y ruidos cotidianos. El barullo de la gente en las paradas de guaguas. Cargados de paquetes. Gente abrigada a poco se virara el tiempo, los cristales de la guagua empañados. Y un niño atrás, dibujando con el dedo algo parecido a un hombre de grandes manos que se derretían entre grandes goterones. La nube de humo negro saliendo del tubo de escape al arrancar el guaguero el renqueante motor. Lo del sonoro atlántico debía ser por aquello... Memorias, sonidos, gente...pero no colores.

Tampoco me llegaba que fuera ésta una ciudad en blanco y negro. La épica de *Casablanca* es en este terrero mera supervivencia de isleño de tierra adentro. Y aquellas viejas fotos de huacales esperando su embarque, de mantillas y de tranvías que regalaban los periódicos hablaban de una ciudad que ni siquiera existía cuando fueron tomadas. Ciudad de Fiestas de San Pedro Mártir, de *camaradas* y de campos de concentración. De guardias tocados con salakoffs de un África olvidada. De regalos de navidad en el podio del *guindilla* de Bravo Murillo. De aquellas fotos que todos nos hicimos, disfrazados de cazador o montados sobre el camello disecado del Parque Santa Catalina. No. Definitivamente aquel no era el color de estas calles. Quizá hubiera que volver, una vez más, a las oscuras alacenas del cine. Que hubiera que importar de otra memoria ajena también el color. Tal vez de *El marido de la peluquera*, para poder bailar, como Jean Rochefort, al son de músicas olvidadas en una desvencijada barbería. Y ver prender, pausadamente, el motor de aquel luminoso que movía en espiral los rojos, azules y blancos de sus franjas, llevando nuestra mirada al quicio de la puerta, absorta en aquel artefacto que lanzaba al aire hélices que no tenían fin. Aquellos colores que vibraban en otro barbero también nuestro, Oramas. Oramas, el que tiñó de casas de colores las salas de exposiciones de la burguesía isleña, que veía cómo sus mansiones con patio canario quedaban eternamente relegadas ya a los lienzos de Cirilo Suárez. Una burguesía corta de miras que veía cómo el arrabal le ganaba la

batalla de las ideas en los años treinta. Que en adelante ya sólo les quedaría el Teatro Pérez Galdós. Y así, por perversa sinécdoque, el color de los riscos pasó a ser el color de la ciudad... Colores que rezuman inciensos de arcana religiosidad andaluza en los nombres de sus poblados: San Roque, San Juan, San Antonio, San Nicolás... santos de necesaria advocación para casas de arribo y pronta marcha. Parroquias que corrían ladera arriba, con laberínticas escaleras sobre rellanos, techos y voladizos. Planos imposibles, a medio camino entre las *Carceri* de Piranesi y las escaleras de Escher. En su afán por doblegar a la loma, los cubos de colores que Oramas pinta han acabado teniendo una consistencia basáltica. Un icono telúrico. Un bosque de pitones de piedra como los Órganos de la Gomera. Herméticos. Mudos. Hace ya algún tiempo escribía sobre el silencio que recorre los riscos de Oramas. Ningún rastro humano los recorre. Como si los silencios de la muerte lenta se adueñaran de cada casa terrera. Esa muerte lenta de los habitantes de este Jardín de las Hespérides. Esa inmortalidad que otorga el que nada importa que suceda pues nada sucede realmente. La inmortalidad siciliana de *El Gatopardo*. Esa inmortalidad que certeramente nos auguraron hace ya más de tres mil años los vates griegos. Ese silencio con el que se contemplan las cosas aquí, con la debida distancia. Y efectivamente los lienzos de Oramas encuadran siempre desde un correcto distanciamiento, anteponiendo barreras y accidentes orográficos como el Guiniguada. Debe ser esa necesidad innata de poner tierra por medio... Así pues, más que el color, parece que lo que finalmente iba a encontrar en este callejeo por la primera ciudad del archipiélago era la distancia. Y en eso llegó Crujera. Y su LPGC, que ahora presentamos aquí, en otra ciudad cuyos colores -que no sus sonidos- hace tiempo sembró ya Antonio López.

Esta serie, como la ciudad de la que se ocupa, es un lugar de arribada. Seguramente LPGC sea la serie de Crujera que mejor proyecte cuáles han sido y cuáles son sus derivas artísticas y vitales. Años atrás Alfonso Crujera, como otros muchos artistas, abandonaron la capital para trasladar sus estudios y su vida a otras poblaciones de la isla, que es tanto como decir al extrarradio de una ciudad que no para de crecer. Crujera pues, como Oramas, también ha querido o ha tenido que poner tierra por medio. LPGC, la serie en la que lleva algunos años trabajando, más allá de una serie de imágenes, es el producto de una profunda reflexión sobre su propia trayectoria. Es más, quien se acerque a esta serie de *skylines* de la ciudad atlántica sin conocer su larga trayectoria no podrá comprender plenamente el alcance de su propuesta. LPGC viene a cerrar un ciclo iniciado con su serie *Strand* a comienzos de los ochenta. Una serie de pinturas que, con una importante presencia de elementos matéricos, respondía a pasajes de arqueología submarina. A estructuras y a restos cubiertos por las aguas. Y si en *Strand* Alfonso levantaba, a vista de pájaro, el plano imposible de un mundo perdido, anegado por el silencio, ahora, veintitantos años después, LPGC nos da las cotas verticales de una ciudad construida, también, desde la distancia. Una ciudad, como la de Oramas, sin rastro humano. Pero una ciudad, a diferencia de aquella de los riscos, en la que se ha borrado todo resto de color. Su capital atlántica es inhóspita, inmóvil. Casi ausente. Encallada entre los dos mares que la bañan: Marea viva entre sus cimientos, preñados de olor a salitre y a alcoba; Mar de nubes en permanente tránsito reflejado sobre sus blancas parabólicas. Y por en medio un frío silencio. La maresía mineral que recorre las escaleras y moja los

parabrisas en las circunvalaciones. Una ciudad inerte que Crujera registra con la frialdad de un forense, un cadáver tendido sobre el istmo. Un muerto al que el sol ha despojado de su piel, dejando ver sus huesos, sus vigas, anclados en la arena. Un difunto que ni tan siquiera huele ya porque el alisio se llevó lejos su hedor. Como *Strand*, LPGC nos habla de la ruina y de sus categorías. Pero frente a aquella, los edificios sobre la playa de Las Canteras no nos hablan de ninguna civilización pasada, de ninguna memoria heroica. Si acaso, como en Oramas, de vacío y silencio. Mas no ya del silencio de las casas terreras, sino de la mudez de los apartamentos en venta, de los edificios abandonados y de los pelotazos inmobiliarios. Una mirada cruda en la que no caben aquellas otras paletas de color.

Pudiera ser que esta ciudad no tenga, al fin y al cabo, color alguno y que, tal y como nos la propone Crujera no sea otra cosa que un laberinto de planos y superficies que tan sólo reflejan el color de lo que acontece sobre ella. Una marea habitada, como podrían haberlo sido aquellas de *Strand*, en donde el agua salobre fácilmente se empoza. Una ciudad de horizonte bajo. Una ciudad espejo que siempre ha necesitado de la luz que le llegaba del exterior para calmar las ansias de caverna que el interior le dictaba. Un repetidor de la civilización en la costa africana. Una ciudad de horizonte bajo. De ahí quizá la necesidad de trazar un planeamiento *a la holandesa*, que le permitiera desplegar en estas nuevas pantallas de alta definición una panorámica sobre lo que realmente importa -las ideas que el alisio trae- y no sobre lo que acontece abajo, en el mundo de las formas. Lo que en nuestro país no es otra cosa que una subversión del orden establecido. Y es aquí precisamente, en el tratamiento que el pintor ha hecho de cielo y mar donde radica la clave de su propuesta. A lo largo de los años Crujera ha tenido tiempo de atravesar los bordes del accionismo de los setenta, de la pintura de los ochenta y los noventa y de llegar a esta revisión del soporte fotográfico desde la pintura. Y en cada uno de los tratamientos del fondo encontramos referencias a un vasto catálogo visual que no oculta dejes del nuevo salvajismo de los ochenta. Que toma del lenguaje publicitario tratamientos gráficos de finales de los noventa que en ocasiones relegan a la ciudad a la mera condición de silueta. De mero accidente. Que insinúa la lengua del pop en otros tratamientos de la relación entre fondo y figura. Que oculta guiños a otras construcciones visuales compartidas. Que cierne, nuevamente, la arena de Juan Ismael y la acompasa con rastros de *dripping* y la vuelve a dejar caer entre versos de Pedro García Cabrera. Palabras que la marea trae entre la espuma a la orilla. La Isla. El azul del cielo del amanecer en invierno de Tiépolo. La mirada a la costa de Meifrén, las horas de la tarde de Pedro González. La angustia de la noche entre las olas de Néstor...Lienzos en los que deja caer, aquí y allá, la urdimbre de su mano de grabador. Pero más allá de las imágenes LPGC es un homenaje a todos los sueños e ilusiones que guarda la última mirada que tiene el viajero antes de llegar a Las Palmas de Gran Canaria. La mirada gacha de quien se acerca desde la carretera del norte. Una imagen fugaz desde el asiento del conductor, que en un rápido movimiento de cámara recorre La Isleta, Las Canteras, Guanarteme y el risco que esconde toda la ciudad nueva desde aquella curva. Una larga panorámica mientras suena en el CD del coche la música del malí albino Salif Keita. La mirada del que comprende que ha llegado para no regresar. La última que merece conservarse de una ciudad a la que hay que ver con la debida distancia. Quizá el comienzo de una gran amistad...